

H O M B R E

GUILLERMO DE LA CRUZ CORONADO

*A Verita y Fabiolita
nuevos rostros
transidos de tu imagen.*

19-8-63

I

PRIMERA DISTANCIA

(El Espacio)

Adolescente apenas, te dejaba;
un puntito de luz, estrella errante,
alzaba las raíces
del corazón, y las volvía en alas.

Partí desarbolándote
el amor, tierra herida y desgarrada;
partí desarraigándome
como un árbol profundo que se arranca.

Adolescente apenas, una estrella
llovía al corazón su sueño de albas;
en los ojos el brillo
de toda mi vida anticipada;
por dentro la ternura
de tu ser invadiendo mi esperanza.

Adolescente apenas, casi niño,
partir era el espacio
para mi nuevo corazón de ansias;
un espacio sin lejos, sin ausencia,
en que tu voz se dilataba;
un espacio sembrado de retornos
vivientes hacia tu mirada.

Era lejos; Castilla
escueta, pobre, hidalga;
piel fría, entraña dura,
Sigüenza erguida y quebrada;
aire leve hecho de pinos
bienoliente a verde y a nevada.

Era lejos; contigo
los campos en repliegues, el sol amante,
la Serena de encinas, olivos y senaras;
contigo el cielo donde enero
yergue su luna fría y clara;
contigo las alondras creadoras del día,
las cigüeñas señoriles y mansas.

Mi muchachez, al irse,
junto a tu corazón se paraba;
mi ser de niño
seguía colgado en tu mirada;
mi carne, hecha recuerdo,
vertía gota a gota hacia ti su nostalgia.

Si con lejos y lejos el espacio
entre los dos alzaba su muralla;
si el vivir nos tejía
su olvido de rutinas manuales y de distancias;
si el aire era el carámbano
aquel de nuestras invernadas. . .

nos era Dios tan hondo,
nos era tan sutil su presencia y tan larga;
mi ser era tan tuyo, era tan tuya
mi sangre que creció de tus entrañas;
tan vivo el pesamiento en ti nutrido;
tanto el deseo, tan ligera el ansia. . .

que el corazón volviase,
roto el espacio, rota la distancia.

El corazón vivía dentro un ámbito
suyo, sin lejos, lleno de añoranzas;
ámbito de lejanías vivas
secretas y recatadas;

ámbito, madre, donde tú y yo éramos
la primera unidad continuada.

En lejanías reviviéndote,
niño y muchacho, todo junto,
todo nostalgia,
mi corazón de hijo, sin espacios,
cabe tu corazón brotaba.

Curitiba, 19-IV-57.

II

SEGUNDA DISTANCIA

(El Tiempo)

Entre tu orilla y la mía
el tiempo, agua hacia el olvido,
cada vez más hondo y más vasto;
sumía los arroyos de días tras los días,
ríos de años tras los años.

Tú eras el continente,
tierra firme;
seno materno
redondo, abierto, ancho.

Yo era la isla,
desprendida,
recta la proa hacia los mares altos.

De tu orilla a la mía
contra las aguas muertas que querían cegar lo
era tu amor mucho más hondo
y era mi corazón mucho más largo.

Mi isla marinera
seguía rumbo al horizonte claro;
y tu imagen venía
sobre la brisa alborozada
de cada día como un pájaro.

Me venía tu cuerpo
con sólo anclarme en el pasado;

al fondo de ese mar que quería ser olvido,
áncora mis raíces
afianzaban su tacto:
tu aroma, tu calor, tu tierna piel de madre,
tu dulce halago.

Me venías entera
contra el tiempo y el espacio:
alma, cuerpo, toda madre;
fresca y perenne en cada rasgo.

Mi amor, mi más amor
de hijo más hijo siempre en ti arraigado,
recobraba en cada cosa
un toque de tu ser intacto:
delgada en la llovizna,
viva en la rosa y clara en el nardo.

Mi amor, mi más amor
distante y solitario,
te rehacía y te doblaba
en cada estrella despertando un lago,
en cada nido calentando un surco,
en cada espiga alumbrando un tallo,
en cada playa junto al mar,
en cada amor creando labios.

Mi hombría despuntaba
brotes de amor hacia el espacio;
alzaba el pulso, conquistaba el cielo
con un ala de vida en cada vástago.

Mi corazón de hombre se arbolaba
nutrido de tu jugo soterráneo;
lejos de ti, seguían sus raíces
en tu corazón inexhausto.

Y cuanto más mi hombría
subía en árbol,
más venían a él todos los seres
en bandada de pájaros:
aguas, astros, miradas y palabras
de amor se me venían a las manos,

poblaban mis sentidos, encendían
la presencia de tu rostro lejano.

Oh madre mía, oh ángel,
tierra de fondo donde vivo anclado;
si el tiempo, mar de olvido, cada día
entre los dos era más vasto;
si los ríos de ausencia
empujaban mi orilla hacia el mar alto;
mi espíritu y el tuyo
bajo las aguas se sentían,
sobre las aguas se miraban tanto,
que el deseo de madre se te hacía más hondo
y el corazón de hijo se me hacía más largo.

Curitiba, 4-VII-57.

III

TERCERA DISTANCIA

(La Muerte)

Sobre mis labios, cargados
de tantos besos de los tuyos,
mi corazón agonizaba
al posarse en tu cuerpo frío y duro.

Hacia mis ojos, llenos de tus ojos,
ascendía mi sangre de difunto;
una gota, cuajada
de todo el ser, venida
de mi nada, de los ríos oscuros
de mi dolor, subía desgarrándome
las fibras todas en su curso;
una gota, cadáver de mi alma,
en busca de tu cuerpo frío y duro.

La amanecida del otoño
vertía su canción sobre tus labios mudos;
yo me acercaba a ellos, niño siempre,
buscando oír tu arrullo,
y escuchaba sus ecos en tu cuerpo
como una resonancia que se va hacia el profundo.

Mis manos te palpaban,
y mi vida por ellas
quería recorrer, transmitirte en su curso
el calor de mi sangre que nació de tu sangre,
la fuerza de mi pulso que brotó de tu pulso;
mi corazón se desvivía
sobre tu corazón difunto.

La mañana de otoño
languidecía junto;
en las colinas se estiraba
el día lentamente moribundo,
y los olivos y las encinas
junto a mi corazón se dolían del tuyo.

Tu cuerpo por de fuera
era el silencio puro;
por dentro era la gruta
de insondables efugios
por donde el alma se te iba
hacia el Amor, hacia el encuentro agosto.

Por esos subterráneos te seguía
mi orfandad, tras el último
eco de tu llamada
de madre, tras los efluvios
de tu alma de madre;
y mi voz, al llamarte, se perdía
hacia el silencio, hacia el profundo.

Tu cuerpo amado, ya era sólo
arcilla sorda, barro obscuro;
tu corazón estaba inmóvil
como una alondra helada sobre el surco;
tu rostro se iba hacia la sombra
como un lucero en el crepúsculo.

Luego partías, y el amor
se cuajaba en silencios hacia el túmulo;
cuerpos que tú creaste sostenían
el blando peso del tuyo;
brazos de hijos alargaban
el sendero definitivo y nocturno.

Labios de hijos encendían
de largas amanecidas el luto;
en la carne apagada se sembraban
estrellas para tu sepulcro;
todos los besos con que amaste
volvían a tus labios uno a uno.

Curitiba, 15-VII-57.

IV

AUSENCIA VIVA

Desde que se cerraron
tus párpados de madre,
con mis ojos de hijo
vivo mirando soledades.

Todos los días amanezco
en el jardín que tú plantaste;
de cada flor como una brisa
tu blanca mano jardinera nace;
de amaneceres idos
tus ojos vienen a regarme,
y el corazón se me empapa
de albas muertas y de eternidades.

Por los campos abiertos
revivo tus paisajes;
descubro tus aromas derramados
en los senderos vesperales;
esta agua campera, enternecida
aún por tu manera de mirarme;
este eco suspenso
en cuyo seno tu sonrisa aún late;
este sol que se reclina
como una enorme estrella herida recordándote.

Por los campos abiertos
tu ausencia con mi alma van delante:
corren el monte soleado,
cruzan sueños del valle,
se pierden de horizontes

en las llanuras ondulantes:
la soledad me mana de sus huellas
y dilata su cauce.

En nuestra casa todo rostro
está transido de tu imagen;
revolotea en las moradas
el pulso de tu alma casi táctil;
pero tu ausencia en cada cosa
es un parpadeo incessante.

A veces llego a tu reposo
y me entro como niño en tu cuerpo de madre;
abro caminos de recuerdos
en las caricias muertas de tu carne;
te surco, vena y vena,
hacia tu corazón de antes;
y voy bebiendo mi melancolía
por los viejos regatos de tu sangre.

Por las veredas de mi alma
voy viviendo soledades;
como un hijo sin besos
busco tus labios, madre;
y el corazón, cansado
como se cansa el sol en una tarde,
se me adormece en el silencio
cavado en torno mío por tus alas de ángel.

Curitiba, 14-XI-57.

V

TERCERA SOLEDAD

Vuelvo de ti a nacer en esta noche
de soledad y de divina espera;
vuelvo a crecer en ti, a ser pequeño
en esta cuna donde el hombre duerme.

El mundo es una cuna;
y en esta noche escucho a las estrellas
acunando mis esperanzas;

oigo el silencio que se rompe
como un alma de voz que se acerca de punta;
comienzo a ver el rostro
de tanto ser celeste que se asoma
maternalmente a la infancia de la tierra.

Mira mi soledad, mi hombre todo,
mi plena soledad, y cómo pesa
el tiempo y el espacio sobre el alma.

En esta noche siento tu mirada
asomando de allá, de tu nueva existencia;
te veo aparecer calladamente,
suavemente
llegar, mecer, arropar a tu niño.

Y otra vez como entonces, balbuciente
el corazón me brinca
hacia la eternidad, donde una estrella
nueva de luz lo llama y acaricia.

Siento en mi cuna tu blancura ágil
como un aleteo de muchos astros,
de ángeles maternos que me guardan.

Siento otra vez que me levanta
tu dulce cuerpo, el que me hacía tan leve
mi hueso humano, el que acercaba tanto
el corazón de la estrella a mis manos de niño.

Siento tu voz contándome
en este renacer por qué la estrella es pájaro,
y la luna tan clara, y por qué tienen
para crecer, para cantar, tan hondo
el cielo, tan infinitamente tierno.

Te veo cada día
más cerca a ti y a mí más solitario;
y me hago amigo de esta noche
en que vuelves a ser para mis pasos
el pulso que acompaña
a andar sendas astrales;
en que vuelves a ser para mi alma
el pálpito lejano que descubre

la última arribada de los seres;
donde vuelvo a ser niño y donde sueño
buscar en todas partes ese latido último;
donde vuelves a ser la madre que me canta.

Cuna de eternidad, cuna del mundo;
soledad de la espera, de la vida que avanza
dentro de mí, yo todo, como un niño
a espera de la madre que ha de darme.

Tú me has de dar, buen ángel,
a luz de Dios un día
de plenitud, abril perenne;
abre tu alma donde crezco, y dame.

Que he de nacer en otra primavera
entera para mí, del alba al sol poniente;
toda en una mirada de los ojos
paternales de Dios; hacia ella crece
este poco de tierra que maduro en eterno.

Crezco para tu vida, contigo, madre mía;
¡y cómo espero el beso primero de ser hijo
tuyo, engendrado en tierra,
gestado en ángel! . . .
¡y cómo espero a Dios dándome un nombre,
la voz primera con que un padre nos llama!

Beso tuyo celeste, hecho de alas,
del dulce peso de lo eterno;
voz del Señor que llama
a un nuevo hijo,
dios pequeño;
voz del Señor sonándome
cuajada de palabras amorosas de siempre;
voz de mi Padre para siempre.

Sé Padre mío; mándame
tu ángel otra vez; que me devuelva;
que desanden sus alas, cargadas de mi vida,
el mensaje divino que me trajo a la tierra;
que me devuelva a ti en mensaje del hombre.

Tú has de venir, buen ángel.

Tú has de venir a recogerme,
a recoger tu corazón sembrado,
cauce de eternidad en que engendraste a Cristo;
tu cristo, acongojado de tiempo, que se muere;
este cristo pequeño,
vagido solitario en la noche del mundo.

Ven, ángel, ven. Espera
mi hombre todo renacerte en ángel;
toda mi carne vuelta hacia el espíritu;
todo mi corazón de tiempo, en ansias
de llamarte por siempre madre mía.

Curitiba, 22-IV-55.